

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 110

Administración: Cristóbal Bordiú, 1, Madrid

15 Enero 1903

La evolución de la Filosofía en España

El artista y el filósofo.—Unidad del Arte y de la Filosofía.—Los modernos artistas y los pensadores modernos.—La vida presente.—Los poetas.—Psicología de Pedro Corominas y de Santiago Rusiñol; lo que ambos representan en el Arte y en la Filosofía española.—Juan Maragall, Ignacio Iglesias y Eduardo Marquina.—Nota artística: Alegría y amor. La sonrisa indefinida de Benavente en sus creaciones artísticas.—Los enamorados de Ignacio Iglesias.—Las ilusiones de Marquina.—El alma de Maragall.—El amor por la mujer en el Arte.—¿Qué es la evolución?

Al llegar aquí es fácil que nuestros lectores se pregunten: ¿Leemos una pretendida evolución de la Filosofía en España, ó bien un estudio psicológico de los artistas españoles?

Es tan difícil determinar dónde concluye el filósofo y dónde empieza el artista, como decir con exactitud qué relación existe entre la Filosofía y el Arte.

Un filósofo que explicase sus teorías con claridad y brillantez, según cuales fuesen aquéllas y según lo que ahondaran en el corazón del hombre y en las entrañas mismas de la humanidad, podría ser un gran artista, y un artista que envolviese cuidadosamente en flores poéticas pensamientos profundos y humanos, podría ser también un gran filósofo. De suerte que la Filosofía y el Arte no tienen separación posible, y no es de sorprender que nosotros, en algunos puntos, según los caracteres psicológicos del autor que nos ocupa, los confundamos.

Los filósofos contemporáneos son mucho más ligeros y agradables que los pasados, y los artistas modernos se manifiestan bastante más pensadores que los antiguos, salvo, naturalmente, los decadentes, que hoy, como ayer y como siempre, representan la expresión más inferior del Arte, porque representan la expresión más ínfima de la vida. Pero es porque la Filosofía y el Arte tienden á unirse en los cerebros superiores y en las humanidades futuras.

Vivimos, y sin embargo andamos detrás de la vida como un sueño dorado que no hemos podido realizar aún; y es que la vida presente, con ser mejor que la pasada, no llena la aspiración de los hombres vigorosos que con más propiedad representan la naturaleza humana. La vida que apetecemos, la que está ante nuestra vista y que guía nuestros actos, unos para gozarla mañana y otros para gozarla hoy, embellece, no obstante, cada día más nuestra existencia.

Ya vivir no es sufrir, sino gozar; ya la vida no se compone de prosa vana, de preceptos terroríficos ni de temores horripilantes. Ya la vida es el principio de una serie de episodios de amor escritos en la imaginación y en el corazón del poeta.

¡Poeta hemos dicho!... Poeta es el rudo gaitán que anhela emanciparse de la esclavitud.

vitudo del salario y que para lograrlo sufre y lucha: vive intensamente la vida de las ilusiones convertidas en realidades en su mente. Poeta es el pensador que pone sus días al servicio de los grandes ideales de justicia universal. Poeta es el sabio que trabaja para embellecer y alargar la vida de sus semejantes, pensando en las satisfacciones morales que aquello ha de reportarle. Poetas somos todos los que anhelamos estado mejor que el presente. ¿Cómo determinar, pues, qué obra es creación artística ó qué idea cae bajo el dominio de la Filosofía?

*
* *

Así llegamos donde se encuentran Pedro Corominas y Santiago Rusiñol. Son dos artistas que piensan y ponen en sus obras diferentes cantidades de Arte y de Filosofía, y si lograsen hacerlas bellas en absoluto, no por eso serían absolutamente filosóficas ó absolutamente artísticas, que aunque la belleza no prefiriera ideales, para ser bella tendría que ser necesariamente buena, y la bondad es un hermoso ideal; tan hermoso ideal es la bondad, que los artistas que no la sintiesen no producirían obras inmortales.

A medida que poetizamos las ideas, educamos los sentimientos, y de esta conjunción hermosa del Arte en el cerebro y de la Filosofía en el corazón, ha de resultar la vida integral, una vida que la compongan, en partes iguales, la Filosofía y el Arte, la inteligencia y los sentimientos; lo que siente y lo que piensa, que á la postre el pensamiento sirve para engrandecer los sentidos y los sentidos para engrandecer los pensamientos.

Pedro Corominas se engaña. Schopenhauer sólo puede gustar á Corominas en cuanto se lo representa poetizado por su imaginación. Se engaña, asimismo, Santiago Rusiñol. Maeterlinck es del agrado del autor de *Libertad*, en cuanto éste se representa á aquél adornado de su propia Filosofía. Pero Schopenhauer es menos poeta que Corominas, y Maeterlinck menos pensador que Rusiñol.

No hay más que leer sus obras. Corominas y Rusiñol pintan y razonan; Schopenhauer razona mucho y apenas pinta, y Maeterlinck, pinta mucho y no razona. Sin embargo, el primero es maestro de Corominas, y el segundo de Rusiñol. Porque en el alma del último hay pensamientos, cita á Ibsen como uno de sus autores influyentes, y porque en el alma de Corominas hay poesía, se acuerda de Goethe. Y siendo menos poeta Schopenhauer que Corominas y menos pensador Maeterlinck que Rusiñol, los cuatro tienen grandes afinidades. Son individualistas y pesimistas. El pesimismo los incapacita á todos para ser grandes artistas y el individualismo les impide ser grandes filósofos. No fueron, no serán una ni otra cosa Schopenhauer y Maeterlinck. Las almas pesimistas nunca verán la luz de las grandes creaciones, que son generosas y optimistas, ó no son grandes, porque la poquedad y la cobardía de espíritu las empequeñece. Las almas individualistas en sentido aristocrático, como en cierto modo entienden el individualismo los artistas catalanes, carecerán siempre del gran amor humano, madre de todas las obras eternas.

Bueno es el individualismo cuando no tiene más alcance ó cuando tiene el gran alcance de la fortaleza y la libertad individuales para emplearlos en bien de todos. En este sentido, nosotros somos también individualistas. Individualistas, porque creemos bastarnos para todo; individualistas, porque solos estamos casi siempre mejor que acompañados; individualistas, porque del esfuerzo individual ha de salir y saldrá la emancipación del hombre. Pero también somos individualistas para trabajar mejor y más independientes en bien del linaje humano, sin excepción alguna.

*
* *

No son individualistas á lo superhombres Pedro Corominas y Santiago Rusiñol. Un resto de piedad para el incapaz que nunca sintió Nietzsche, les hace pensar en la solidaridad humana y sentir el dolor del caído.

Pero tampoco son individualistas en el sentido de las grandes generosidades individuales, que representan Ibsen y otros. Es más, así como Pompeyo Gener siente la individualidad que se compagina bien con el amor á la colectividad, pero que no la encarna por carecer del suficiente sentimiento, Corominas y Rusiñol sienten también aquella individualidad, mas no la asuman por falta de valor para sostener la lucha moral y algunas veces material que sostenerla supone. En este respecto los dos autores mencionados son más humanitarios; pero también más acomodaticios que Pompeyo Gener. Corominas y Rusiñol se rinden más fácilmente á las contrariedades de la vida, ante las cuales quedan anonadados, unas veces por no hacer sufrir á sus semejantes y otras por evitarse sufrimientos propios.

Sin embargo, el sufrimiento es su estado habitual.

Santiago Rusiñol, en lo cómico ve lo serio, y lo triste en lo alegre. Lo serio y lo triste no está en lo que ve Rusiñol, en lo que tiene ante sus ojos; está en su alma, en lo interno. Y fíjense bien los lectores. Un espíritu sano vería, de lo serio, lo cómico; de lo triste, la parte alegre. A Rusiñol le ocurre lo contrario; su pesimismo, su alma enferma le obliga á fijarse en lo serio de lo cómico y en lo triste de lo alegre. Es uno de los espíritus críticos decadentes de que hemos hablado. Corominas se ve obligado igualmente á fijarse en las grises mañanas de invierno, que representan los dolores morales. Fuera todo el mundo feliz, y él se empeñaría en demostrarnos la necesidad que hay del llanto para poder apreciar la risa. Pero lo particular del caso consiste en que Corominas aparentemente está alegre. Hay que hondar mucho en su alma para comprender que aquella alegría es un esfuerzo del pensador, no una genialidad del poeta.

Indudablemente debe haber en la vida de Santiago Rusiñol y en la de Pedro Corominas un período de grandes tristezas, que cambió por completo la naturaleza de sus cuerpos. Más tarde, por perversión de la materia, lo anormal se tornó normal, y ya no se lloraba la mujer querida en la tumba ó en brazos de otro hombre, por ejemplo, se lloraba por necesidad psíquica, porque el alma se había vuelto sombría y fría como un anoecer de invierno y el mundo había cambiado como el alma.

¡Pobres inteligencias, amortiguadas como esas plantas que viven donde jamás da el sol! ¡Quisieran alargar su tallo hasta lo alto para cubrirse de luz y bañarse de calor, y no pueden realizar sus anhelos! ¡Quisieran vivir, quisieran gozar, quisieran hacer un solo ideal de todos los ideales, el ideal de la vida, y por mucho que se empeñen y se esfuerzen no pueden lograrlo! El horizonte se oscurece, el sol se apaga, un manto negruzco lo cubre todo, y en el corazón van cayendo lágrimas y suspiros. Así se imaginan prisiones macabras y así se ve solamente lo sombrío de la vida.

¡Cuántas inteligencias de primer orden mantiene ocultas la falta de valor y la sobra de ternura! Bien que en último término todo viene á resultar un defecto de la sangre: Falta hierro y faltan glóbulos para ver, para luchar, para querer y para reir.

* *

Santiago Rusiñol y Pedro Corominas representan, pues, en la Filosofía y en el Arte español un individualismo tímido y sentimental. El sentimiento los llama algunas veces á la lucha por la emancipación humana; pero el temor les hace parar en la mitad del camino. En su casa, en su alma, cuando hablan ó escriben para los amigos, defienden

la individualidad humana, son libertarios. De quien pudiera ponerse en duda nuestro aserto, ha demostrado en la creación de su *Martinet* que artísticamente es un amante de la libertad verdadera. Lo confirman sus imprecaciones contra los falsos liberales en *Libertad*, en cuya obra al presentar su *Martinet*, Rusiñol dice: «Inteligente, buen amigo y con ideas de *sensatez disolvente*. Ha estudiado mucho y ha comprendido lo que estudiaba. De todos los que predicán la libertad (y lo hacen todos en esta obra), es el único que la quiere para sí y para los demás.»

Las palabras «*disolvente sensatez*» nos muestran al libertario timorato, apocado, que se queda en la mitad del camino, como nos lo muestra en Corominas sus *Prisiones imaginarias*, que es una especie de jalto el fuego! en su historia de luchador. ¡Qué grande, no obstante, la simpatía que por ambos sentimos!

Y tenemos, por fin, un arte y una filosofía individualista libertaria decadente, sentimental, sin vigor ni valor para luchar ni para exponer, en líneas vigorosas, la individualidad francamente demoleadora de las ideas y de los sentimientos que imperan actualmente, y que no se distinguen por su amor al arte, por su amor á la vida, ni por su amor á la justicia.

* * *

Juan Maragall, Ignacio Iglesias y Eduardo Marquina se presentan en este respecto con más clara definición y con más alegría. La alegría es siempre en el artista y en el pensador una demostración de potencia. La sonrisa puede ser engaño, ironía, tristeza, esfuerzo de la voluntad; pero la risa es, ante todo, espontaneidad, franqueza, vida y gozo. Los artistas que ríen son potentes, vigorosos, aman, y sus obras son amor. En cambio, los que sonríen son secos de corazón y no saben pintar la vida ni el cariño. Ejemplo de éstos es Benavente, que si jamás ha reído, según dicen sus amigos, nunca llevó á las tablas una vida generosa, franca, potente. En su *Amor de amar* hay un carácter ansioso de amor, pero de amor platónico, intelectual, que resulta estéril, porque no se traduce en naturaleza.

La característica de Maragall, Iglesias y Marquina es precisamente el amor pasional, el verdadero amor.

En sus obras hay siempre vitalidad, gente que canta y trovadores que siembran alegría. Rebeldes por amor, por ansias de vivir vida más intensa, vigorosa y fuerte que la presente.

Estudiad el carácter de los enamorados que presenta Ignacio Iglesias en sus obras dramáticas. Siempre son dos seres fuertes que se aman á pesar de todo, á pesar del desprecio de la gente, á pesar de la maldición de los padres, á pesar de las excomuniones de la Iglesia; y solos los dos enamorados, fuertes con su amor solitario, desafían al mundo y triunfan, unas veces moralmente, otras materialmente también.

Y el camino que recorren los amantes está sembrado de poesía, aunque pisen nieve, cardos, arena ó piedras. Quizá respiran demasiada poesía para representar la vida y el arte por completo, porque así como en Ibsen el pensador ahoga al artista algunas veces, en Iglesias el poeta ahoga al autor dramático algunas veces también. Lo mismo exactamente podemos decir de Marquina, aunque la poesía de ambos sea diferente. Sin embargo, Iglesias retrata mejor la vida, domina mejor la vida, reproduce mejor lo que siente, pone mejor su vida en la vida de sus creaciones. Marquina es más fantástico; no dota á los personajes que crea de sus pasiones de hombre, sino de sus ilusiones de poeta ó á lo menos cuida más sus ilusiones de poeta que sus pasiones de hombre. Los dos, no obstante, exaltan el amor pasional y libre, y si tuvieran el ánimo bien templado, cosa que

no negamos y cuya aclaración compete á los obstáculos que encontrarán en su camino de artistas, podrían hacer mucho bien al arte que pone todo su empeño en crear una vida más intensa, más natural, más vigorosa que la que ahora disfrutamos en medio de esta moral y de este convencionalismo que ahoga y aniquila.

Juan Maragall se distingue por su espíritu sereno: recuerda el alma griega. Pasional sobre todo, como buen poeta y como buen hombre, lo que mejor canta es el amor. Sus *Poesies* son un hermoso y amante mancebo ofreciendo flores á la mujer. ¡La mujer! Quien no la amase, tampoco produciría obras inmortales, y los poetas más grandes han sido aquellos que mejor quisieron á todos los seres en sus ansias de amor universal, y á las mujeres, sobre todo, en sus *sentimientos* de hombre.

He aquí lo que nos dice Juan Maragall:

«Sr. D. Federico Urales.

Estimado señor mío: En contestación á su atenta carta de 20 de Septiembre último, puedo decirle que el autor que más ha influido en mí ha sido Goethe, creo que por su tendencia á la armonía serena, que es mi principal aspiración.

La obra que representa mejor mis ideas es siempre la última que escribo, porque pretendo hacer de mi vida un continuo *excelsior*, sin estancarme nunca. Este impulso se encuentra sintetizado en la primera y en la última composición de mis *Poesies* (1895. Imprenta Avenç, Barcelona). En mi último libro *Visions y Cants* (edición 1900), hay la evolución mía entre ambas fechas.

Celebraré que estas indicaciones puedan serle de alguna utilidad para su trabajo, en la generalidad de su conjunto; pues supongo que en su buen criterio ya habrá comprendido que no tengo personalidad bastante significada para hacer de ella en singular exhibiciones que, aparte de todo, me repugnan.

Me ofrezco de usted amigo y servidor q. b. s. m., *Juan Maragall.*»

¡Goethe! He aquí el hombre. Escribió mucho, porque amó inmensamente; ahondó en todas las almas, porque la suya era la del mundo; se asimilaba todas las artes, porque sentía todas las vidas. Y era poeta, porque era bueno y amaba la belleza, porque amaba la bondad, que es lo más transcendental de la belleza.

No puede engañarse á nadie en esta materia. En arte tenemos por maestro á aquel que más nos convence; en Filosofía, al que más nos convence. Imposible elegir á capricho el autor que más nos gusta, que es el que más nos influye, el que más tiene en su sér, de nuestro sér. Goethe, Schopenhauer, Nietzsche... tres notas diferentes que produce la naturaleza psicológica en su infinita variedad. Y los temperamentos de los demás artistas se inclinan á uno ú otro, sin querer ó queriendo, que en este caso el querer forma parte también del determinismo, obedece ya á una ley que llevamos en lo interno de nuestro sér. Maragall habla de su evolución. No hay tal. Hablara de su mayor *precisión mental* y estaría en lo cierto. *Sentimos* las cosas con más ó con menos exactitud, según es de perfecto nuestro cuerpo.

Sentimos el amor y la vida con más potencia, según estemos de sanos. Precisión orgánica ó mental se llama á eso aplicado á las pasiones ó á las ideas. *Libertad* es la mejor obra de Santiago Rusiñol. ¿Por qué? Porque la escribió cuando mejor estaba de salud. Evolucionamos si enriquecemos nuestra existencia en gérmenes de vida. Degeneramos si, por el contrario, tenemos cada día menos potencia vital. Y nuestras obras se resienten del estado de nuestro cuerpo. La vida, el progreso, la evolución, es una ascensión constante de fuerzas. El que *siente* que ha evolucionado, ha adquirido noción más exacta de las cosas, y el que adquiere noción más exacta, más real de las cosas, tiene

más perfecto el sistema nervioso, y el que tiene más perfecto el sistema nervioso ha ascendido en la escala animal, en vida, porque siente y piensa mejor, porque en su sentir y en su pensar hay más potencia, más placer, mayor número de manifestaciones vitales. Por eso los pensadores y los artistas que buscan la superhombria en la decadencia, en los refinamientos de la civilización, buscan la vida en las carreteras de los cementerios.

FEDERICO URALES

El fenómeno Lombroso

Por el éxito que han obtenido las obras de Lombroso y la influencia incontestable que ellas ejercen en las opiniones del público, son dignas de llamar la atención, no solamente del psicólogo y del historiador, sino de cualquiera que se interese por las tendencias de nuestra época y trabaje en el desenvolvimiento de la sociedad moderna.

Lombroso es, ciertamente, uno de los hombres más universalmente conocidos hoy día; á los ojos de la mayoría de los lectores este hombre es tenido por un gran sabio. Su nombre anda ligado á diferentes ideas que dan la vuelta al mundo y son repetidas por una multitud de gentes que jamás han abierto uno de sus libros. El hombre que nos ocupa es considerado como jefe de la escuela antropológica, como el creador de grandes concepciones nuevas llamadas á revolucionar el Derecho penal tanto como la psiquiatría. La prensa, que tiene la pretensión de representar la opinión pública, esparce con prodigalidad las ideas del profesor de Turín; unos las exponen desde lo alto de la tribuna parlamentaria; los oradores de mítins las pronuncian muy á menudo y los abogados han encontrado en ellas un precioso medio de defensa en los casos desesperados.

¿De dónde proviene la celebridad de Lombroso? ¿Qué causas han motivado la rápida popularidad de sus teorías? ¿Es preciso buscarlas en las cualidades intrínsecas de la obra ó residen en los instintos de la multitud? ¿Lombroso ha descubierto una verdad científica capaz de imponerse á todos por su evidente carácter de certeza, ó bien ha puesto la ciencia al servicio de ciertas opiniones corrientes? Por otra parte, ¿ha construido simplemente el sistema que corresponde mejor á las necesidades de la parte más poderosa de la sociedad? Tal es el problema que intentaremos resolver.

I

¿Lombroso es un verdadero sabio? ¿Tiene las cualidades esenciales de un hombre científico? ¿Sabe observar los fenómenos con paciencia y con tacto rigurosamente minucioso? ¿Es un experimentador inteligente y concienzudo? ¿Sabe interpretar los hechos, criticarlos, coordinarlos y deducir lógicamente verdades generales? ¿Tiene, en fin, esa probidad científica que construye los hechos y se abstiene de contradecirlos ó entra en teorías concebidas anticipadamente, porque corroboran concepciones particulares?

La lectura de un libro de Lombroso persuade bien pronto al lector atento é inteligente. ¡Confusa lectura! La impresión que de ella se saca se puede definir con este concepto: *el equivalente psíquico en constante desasosiego*. Desde un principio se siente el espíritu poseído de una singular incomodidad; no encuentra punto fijo donde asirse, todo oscila á su alrededor; busca una base en que apoyarse, pero el terreno cede; cree hallar

una idea capaz de guiarlo, mas al instante la idea vacila y desaparece; sin cesar los planes se cambian, el equilibrio se modifica; es uno balanceado de un lado á otro sin causa apreciable, va y viene á voluntad de los infundios, el malestar aumenta, la náusea llega...

Jamás limita Lombroso un sujeto, jamás precisa el problema que se propone y jamás define los términos que emplea, por vagos que aparezcan. No se encuentra á la cabeza de ninguno de sus libros una expresión clara y determinante de su contenido. El autor se contenta con los nombres de *El hombre de genio*, *El hombre criminal*. Estos títulos son vagos, y más que otros piden ser definidos; no corresponden, psicológicamente hablando, á ningún tipo determinado. ¿Qué es el genio? Nadie lo averigua leyendo el primero de dichos libros. Lombroso se ca'la, é incluye confusamente, en desorden, en la categoría de hombres de genio á los artistas, sabios, generales, gentes de Iglesia, periodistas, hombres graves y superficiales, voluntades de hierro y caracteres débiles, seres de todas las razas y todos los géneros; pero, sobre todo, los hombres que han tenido historia, porque, en suma, para Lombroso, como para la generalidad, el éxito es la medida del hombre de genio. ¡A creerlo, serían muchísimos los hombres geniales!

¿Qué es el crimen? Lombroso se apresura á decirnoslo, y su concepción sale clara del libro, muy simple, muy vulgar, al alcance de todas las inteligencias. El hombre criminal es la persona que ha sido condenada por los tribunales. Esta definición es, sin duda alguna, muy conveniente desde el punto de vista del derecho actual; pero estudiada según las ciencias psicológica, antropológica ó sociológica, nada absolutamente significa.

Lombroso se cuida poco de determinar su punto de partida y mucho de ocultar el objeto de su estudio y de no dar á sus lectores facilidades para seguirle en el desarrollo de su pensamiento. Ni aun se esfuerza por iluminar su propio espíritu. De todo lo que se preocuparía un sabio al coger la pluma, á Lombroso le tiene sin cuidado. Él mismo lo confiesa ingenuamente: «Muchas veces dentro de este libro, voluntaria ó involuntariamente, se confunde el genio con el talento; esto no quiere decir que lo uno y lo otro no sea diferente; pero la línea que los separa es difícil de determinar» (1). Un sabio, reconociendo que la línea indicada era difícil de determinar, hubiérase esforzado en hacerlo, ó por lo menos hubiera intentado apuntar con más exactitud los caracteres diferentes. El autor de *El hombre criminal* obra más cómodamente: «Si el genio es el efecto de una excitación permanente y poderosa de un gran cerebro, el talento va acompañado á su vez de una excitación cortical, pero en menor grado y dentro de un cerebro más pequeño.» Se ve que la psicología, entendida según la entiende Lombroso, es una ciencia de las más simples, y que los misterios de nuestro mecanismo cerebral están al alcance de todas las inteligencias.

Nada embaraza á Lombroso. Las dudas que asaltan al verdadero sabio en el momento que funda los preliminares de una obra; las incertidumbres inevitables que preceden á la admisión de la teoría; los temores de la concepción; todas esas cosas son desconocidas de Lombroso. Él salta á pies juntos por encima de todas las dificultades, y las más serias objeciones no le quitan el sueño.

En el prefacio de la 4.ª edición de *El hombre criminal* se encuentra lo siguiente: «Uno se pregunta cómo estaba hecho el cráneo de aquellos que, en los tiempos bárbaros, cometían actos tales como la herejía, blasfemia y hechicería, castigados por las leyes de entonces, mientras que no lo son en la época presente.

Y bien; yo demostraré que aquellos que cometían los delitos contrarios á las costum-

(1) *El hombre de genio*.— Introducción de la 6.ª edición; pág. XXIII de la edición francesa.

bres y á las religiones eran *entonces* los verdaderos criminales, mientras que los homicidas no eran considerados como criminales en aquellos tiempos. Sí, aquellos eran los verdaderos delinquentes... es muy natural que aquellos debían tener los mismos caracteres que los criminales de hoy día.»

Cualquiera que reflexione no encontrará aquello *natural* bajo ningún concepto; pero esta es la mejor prueba de lo que yo afirmé no hace mucho, á saber: que el crimen, para Lombroso, es un concepto puramente jurídico y que su tipo del criminal no puede tener psicológicamente ningún valor. En el prefacio de la 3.^a edición, el mismo Lombroso declara que no se encuentra el 40 por 100 de los criminales que ofrecen más ó menos los caracteres del tipo que ha establecido, y cuando se le critica por haber fundamentado su teoría en un número relativamente reducido de observaciones, responde: «Los anatomistas se ven obligados á examinar miles de cadáveres para dar conclusiones sobre las formas de una víscera.»

Esta frase es un ejemplo bien patente de la manera de razonar de Lombroso. Se ve en seguida por qué hace dicha comparación: el anatomista, disecando una serie de cadáveres humanos, encontrará siempre los mismos órganos, presentando, excepto ligeras variaciones, las mismas formas, mientras que los criminales aparecen con caracteres esencialmente diferentes los unos de los otros, si bien estos pueden ser también más probables que posibles. Mas el anatomista se ocupa en objetos de una categoría claramente limitada, sobre cuya naturaleza no hay ninguna duda, á saber: los cuerpos humanos. Al contrario de aquel que estudia al delincuente desde el punto de vista psicológico ó antropológico, que no puede considerar *á priori* como tal á cualquiera que ha sido condenado por los tribunales; éstos son falibles, y con frecuencia sus fallos son arbitrarios, bien que las leyes han sido hechas únicamente para defender los privilegios de algunos, y la infracción de ellas no tiene comparación, psicológicamente hablando, con un atentado á la vida humana, por ejemplo; por otra parte, una multitud de crímenes, que acusan en sus autores una inmoralidad, una perversión ó una brutalidad inveteradas, no son penados por la ley, muy al contrario, son considerados como actos heroicos y recompensados como tales, especialmente con el nombre de valor militar. No hay, pues, un criterio claro que permita distinguir el tipo criminal. Este es en el resto de la obra una pura abstracción. Se pueden establecer categorías de crímenes y tipos de criminales, pero no se puede hacer sin un estudio profundo de diferentes casos y sin una crítica rigurosa. También es preciso no olvidar que existe una multitud de criminales que no están en las cárceles y que en éstas suele haber gentes que no han cometido ningún delito. Lo contrario, es hacer una obra parcial sin valor científico.

Se ve, por consiguiente, que Lombroso da como equivalentes ideas que no tienen ningún valor científico, existiendo entre ellas semejanzas verdaderamente especiales. Esto es en él una costumbre de su espíritu. Las frases del género de aquellas que he citado, abundan en sus obras. He aquí algunas, las primeras que se presentan entre tantas: «Decir que un alcohólico es un hombre libre como los otros, es decir que una pieza de tela impregnada de alcohol no es más combustible que aquella que sale húmeda del telar» (1).

«Muchas veces los perros demuestran un verdadero fanatismo conservador... ellos aullan y se meten en furor contra los trenes, el gas y la música cuando los encuentran, lo huelen ó la oyen por primera vez» (2).

(1) *El hombre criminal*; 4.^a edición, págs. XLVI y XLVII.

(2) *Idem*, pág. 121.

«Los niños presentan fisiológicamente un estado parecido á la locura moral, si bien que, cuando en su ambiente ellos no encuentran circunstancias favorables á la transformación en hombre honrado y habitan como los tritones alpestres, se adaptan al estado de quien reside dentro de un ambiente frío» (1).

Las últimas averiguaciones teutológicas, las de Geguembam, sobre todo, han establecido que los fenómenos de regresión atávica no indican siempre una degradación verdadera, pero casi siempre compensan un desarrollo considerable en otras direcciones.

«Los reptiles tienen más partes que nosotros; los monos, los cuadrúpedos poseen más músculos que nosotros y un órgano entero (la cola) que á nosotros nos falta. Esto es solamente que en perdiendo esas ventajas hemos conquistado nuestra superioridad intelectual.»

«Aquello bien sentado, toda repugnancia con respecto á la teoría de degeneración desaparece bien pronto. Del mismo modo que los gigantes pagan el rescate de su alta talla por la esterilidad y por la debilidad relativa de la inteligencia y de los músculos, así los gigantes del pensamiento expían, por la degeneración y por la psicosis, su grande potencia intelectual. Y es por eso que los signos de degeneración se encuentran más á menudo en ellos que en los locos» (2).

Este último pasaje es más característico porque contiene el argumento principal que da el autor para justificar su contradicción al tratar de las relaciones entre el genio y la locura. En la edición publicada en 1889 se coloca entre aquellos que sostienen que el genio es una neurosis, cuando en las ediciones precedentes de su obra admitía la existencia de genios completamente sanos.

* Júzguese esa debilidad y esa manera tan pobre de razonar. Ver en la pérdida de la cola una compensación de la superioridad intelectual adquirida por el hombre, es una idea grotesca en alto grado. Comparar esta regresión de un órgano sin grande importancia, durante el curso de la evolución, como signo de decadencia que castiga á los hombres á razón del poder de su intelecto, es una concepción de tal forma absurda, que es incomprendible dentro de un cerebro sano.

Puede decirse que es imposible formular por un método juicioso todas las ideas que han pasado por la cabeza del autor de *El hombre criminal*. Yo creo que sólo á un número escaso de personas es dado alcanzar ese grado de incoherencia y acumular tantas tonterías en pocas líneas. Aquí se descubre el rasgo característico de Lombroso: la asociación de ideas es en él accidental. Es decir, que sus ideas no se suceden por orden lógico, que no siguen siempre una misma corriente, que su encadenamiento no es determinado por los lazos que existen entre ellas; por el contrario, bien por vagas similitudes de aspecto, por casualidad de aproximaciones momentáneas, ó por analogías entre los vocablos que las representan. Con una diferencia de intensidad, el estado mental de Lombroso se parece al de los maniacos. El «Ideenflucht» de psicatrías alemanes se encuentra en él atenuado, pero con más claridad: las ideas se comprimen dentro de su cabeza tumultuosamente, él no las domina ni puede dominarse. Ellas salen confusamente y él las escribe como se le presentan, asociadas fortuitamente al gusto de su cerebro excitado. Escribe como se habla en el curso de una discusión animada en una reunión de bebedores: allí los argumentos especiales, las aproximaciones de incomprensibles ideas, las palabras que tienen aspecto de profundidad y el juego de vocablos, son las armas mer-

(1) *El hombre criminal*, 4.ª edición, págs. 2.617—18.

(2) *El hombre de genio*, edición citada, pág. XX.

ced á las cuales se triunfa. Yo me imagino que los razonamientos de Lombroso pueden parecer *naturales* en el primer grado de la embriaguez.

¿Por qué no decirlo? Todas las célebres teorías de Lombroso se derivan de su pobre inteligencia y de la ausencia total de lógica que le caracteriza. La comparación que hace del genio y la locura descansa sobre un razonamiento de este género: un gran número de genios han presentado fenómenos psico-neuropáticos más ó menos verdícos; muchos locos conservan, en los momentos extraños de su delirio, una gran lucidez de espíritu, y presentan algunas analogías parecidas con los hombres de genio, pues el genio y la locura son dos estados en apariencia iguales, y no es posible separarlos con claridad el uno del otro.

La teoría que asimila el loco y el criminal al epiléptico, que hace, en último resorte, los hombres de genio de todos los criminales y de un gran número de locos, de *epileptoïdes*, descansa sobre las más increíbles confusiones de ideas y sobre todos los más flagrantes errores. Para llegar Lombroso á esta conclusión, no solamente acumula los parangonismos, sino que también parte de falsas premisas, y emplea documentos falsos y falsea los verdaderos en sus interpretaciones; no se puede creer nada de lo que dice, es preciso aquilatar cada una de sus aserciones. Lombroso, médico, profesor de psiquiatría, ignora la neuro y la psicopatología: él diagnostica la epilepsia á su capricho; un estudiante de medicina que hiciera tan ligeramente el diagnóstico de la epilepsia, saldría frustrado en su examen. El vértigo, entre otros, constituye para él uno de los sistemas más reveladores de la epilepsia. Y dice, por ejemplo, de Darwin: «Sufría de dispepsia, de anemias espinales, de vértigos (es preciso fijarse bien, el vértigo, que nosotros sabemos es á menudo el equivalente de la epilepsia) y no podía trabajar más de tres horas diarias, etc.» (1). Y en muchos casos él presenta el vértigo *sin especificación alguna*, como base de su diagnóstico. Pues el vértigo es, como se sabe, un síntoma verdaderamente banal: existe en una multitud de afecciones que no tienen ninguna relación con la epilepsia, y acompaña muy frecuentemente las enfermedades del tubo digestivo; los tumores cerebrales, las afecciones de la oreja, la athéromatose las provocan comúnmente, y se encuentra muy á menudo en los neurasténicos, y, en suma, como lo hace justamente observar Dppenhein (2), las sensaciones del vértigo pueden ser producidas también por autosugestión. En resumen: el vértigo no es un síntoma de epilepsia en la mayoría de los casos. Es indispensable indicar cómo se manifiesta el vértigo cuando aparece dentro de aquellas circunstancias, si es objetivo ó simplemente subjetivo; si se trata de un vértigo bien caracterizado ó de simples sensaciones vertiginosas, vagas, etc. Esto es lo que no ha hecho jamás Lombroso, porque quien dice vértigo sin precisarlo, no dice absolutamente nada.

JACQUES WERNIL

(De *Mercur de France*.)

(Concluirá.)

(1) *El hombre de genio*, edición citada, pág. 488.

(2) *Lehrbuch des vriswanhrankheiten*, pág. 730.

CONTRASTE



Crónicas de Arte y de Sociología

PARÍS

«El viajero y su sombra», por Federico Nietzsche.—«El immoralista», por André Gide.—
Un pintor revolucionario.—«Théroigne de Méricourt», por Paul Herriou.

Pocas veces se ha visto que los filósofos se popularicen, y menos en España, donde Nietzsche parece que, entre el elemento intelectual, ha tomado carta de naturaleza. Los grandes pensadores, por su propia grandeza, no pueden ser patrimonio del público. No digo esto en menoscabo del autor del *Antecristo*, quien guarda en sus obras rico tesoro mental, que sólo pocos alcanzan. Pero Nietzsche es filósofo fragmentario y en determinados momentos.

A pesar de mostrarse como gran artista, cuanto á literatura, no logró, al revés de Schopenhauer, construir su sistema acabadamente. Con dificultad se halla una obra, en todas las suyas, que condense y exhiba su pensamiento total, el cual sólo puede encontrarse tortuosamente por el laberinto de sus imágenes.

Nietzsche no es un pensador vulgar, ni su filosofía, como se ha pretendido, es por completo feudataria de Max Stirner, el de la teoría del *único*, quien carecía de sentido vital. Y ello, precisamente, constituye la cualidad mayor del visionario de Zarathustra. Hay que ir más lejos y subir más alto, para encontrar la génesis de sus ideas: Kant, Goethe, el único alemán que no ha envejecido, como dice, y sobre todo, Schopenhauer, cuyas ideas afirmativas produjeron, así como el culto á Dionisios, la explosión formidable de su pensamiento y de su arte.

La misión de Nietzsche es dar razones de existencia á los hombres ateos. Ha entrado á Dios en su alma. Busca la suprema emancipación del individuo, cuyo ideal ha de ser la marcha ascendente por la vida. Nada más santo que ésta; llega á considerarla como los griegos, á la manera apolínea y dionisiaca, en toda integridad. Pero Nietzsche se halla, además, en constante batalla con el cristianismo, con su engendro de males morales, de lo cual proviene esa trágica impresión que causa su pensamiento luchador.

Vencer y dejar atrás el pesimismo, tal era su divisa. Puede decirse que ha sido el precursor del optimismo que reina actualmente en las almas jóvenes. Mucho ha contribuido á él. Giorgio Aurispa, el del *Triunfo de la muerte*, aquella víctima siniestra de la imaginación pesimista, acudió á él, aunque en balde, para que le congratara con la vida.

En el pensamiento de Nietzsche se libró el conflicto de su propia filosofía. Por eso le hallamos siempre inquieto. Carece de la serenidad de su maestro Goethe y resulta paradójico que á éste le saliera, por hijo intelectual, un cerebro atormentado que se quiere oponer á la fatalidad.

Los hombres que desea Nietzsche, han de trabajar sin reposo y sin recompensa, como la naturaleza. Tal es la máxima profunda que se colige de *El viajero y su sombra* (mescolanza de opiniones y sentencias), que acaba de publicar la Sociedad del «*Mercure de France*». Con eso quiere afirmar el divino acaso, que impera en él vida, considerándolo como el *summum* filosófico. Los estoicos ya le atribuyeron importancia.

El éxito semi-popular de Nietzsche se debe á la magia de su estilo parabólico, así como á la necesidad que hoy se ha sentido de un cambio de valores morales. La idea es tan poco abstracta en él, y se le escapa tan á menudo, que el público se deja hechizar por las metáforas poéticas que la envuelven. El vestido es amplio y no deja vislumbrar el cuerpo. El simbolismo á la manera bíblica, triunfa siempre en las inteligencias sencillas y populares, y la Biblia, criticada seriamente, resulta por muchos conceptos sandez.

* * *

André Gide, el autor de *L'Immoraliste*, se halla también saturado de Nietzsche. Dirige su interpretación por el lado de la crueldad. «¿Negaremos, para censurarle, que pueden encaminarse hacia el bien las facultades manifiestamente crueles?» Esta es la pregunta que se hace un personaje pasivo de las obras, al ocuparse del héroe de la misma.

Éste es joven y sabio. Cultiva la arqueología y la filosofía. Muerto su padre, se casa con una linda doncella, á la que conoce poco moralmente y estima de igual manera. Pero no amó á otra antes. Sólo tuvo algunos amigos, en quienes apreciaba más la amistad que la persona. Enferma de tuberculosis durante el viaje de novios, y recorre Italia y Africa, analizando constantemente las sensaciones que en él produce el progreso y el retroceso de su enfermedad. Hay detalles, en esta primera parte, de una belleza dudosa, por el asunto que tratan. En cambio, aparecen á veces descripciones delicadas y justas de la naturaleza, de la cual comunica la impresión, como si se hallara íntimamente penetrado de su sentimiento.

Cura Michel, el héroe en cuestión, de su enfermedad, contagiándose de ella su esposa, como se ve al cabo. En el *interin* ocurren diversos incidentes accesorios, bien que sirven para dibujar el alma del inmoralista ese, cuyo deber, durante su enfermedad, se cifra sólo su salud, como dice, estimando el *Bien* en todo lo que le sea saludable y rechazando lo que no pueda curarle.

Hay un episodio en el libro que arroja mucha luz sobre esa alma anormal. Es el siguiente: «Motkir no sabía que le observaba, creyéndome absorto en la lectura. Vi cómo sigilosamente se acercaba á una mesita donde Marcela (su esposa) había dejado dos tijeras entre la labor. Apoderóse de ellas furtivamente y las metió en su albornoz. Hubo un instante en que mi corazón latió con fuerza, pero las razones más sesudas no pudieron arrancarme un movimiento de indignación. Tampoco pude colegir si era cosa distinta de júbilo el sentimiento que me ocupó.» Dejó Michel que le robara el chico y le habló luego como si nada hubiese pasado. Desde entonces le quiso aún más. Michel carecía del sentido de la propiedad; pero era propietario. Hay que ver luego cómo, en situación moral análoga á la indicada, favorece el merodeo en sus bosques mismos, contradiciendo lo que antes afirmara de que tenemos deberes para con lo que poseemos. Michel no es muy consecuente en las ideas, aunque sí—y quizá á pesar suyo—con el temperamento, como ocurre á todos los hombres.

Poco á poco se ha ido enamorando de su mujer, que le infunde pasión (aunque ello sea, psicológicamente, hasta escueto); pero no bien decae su hermosura, sucediendo la fealdad propia de la tisis, siente desapego por ella, y hallándose en Africa, una noche en que Marcela está muy grave, la abandona de instinto, se va en compañía de Motkir á un café moro, donde bailan mujeres. Luego se acuesta con la propia amante de Motkir, entregándose á ella como á un sueño... Vuelve después á su casa y encuentra á su esposa moribunda. Muere ésta. En los cuadros finales hay mucha malignidad literaria, especialmente en el epílogo, que debiera Gide suprimir, con el cual, artística y moralmente,

ganaría el conjunto. La composición literaria de su obra no es lo menos meritorio y revelando gran distinción. A pesar de su culto por la naturaleza, Gide manifiesta complicaciones harto sutiles, en cuanto á psicología y á filosofía. Ofrece una amalgama de sentimientos contradictorios en su héroe, que no producen franca impresión humana... Pero Gide, que es autor de talento, quiso presentarlo así deliberadamente.

* * *

Sunyer es un pintor revolucionario y, como tal, sincero. Lo prueba la dignidad artística con que realza sus obras. No permanece insensible ante la realidad, sino que de ella reproduce las miserias y las vejaciones con intención de hombre pensador.

Hay que ver las ilustraciones puestas por él al libro de Geffroy *Theures, Belleville*, que forma parte de la serie *Minutos parisienses*, editada con gusto por la casa Ollendorf.

Muy sugestivos son sus dibujos al boj, con los que vivifica las siluetas, anima los ademanes y fija el carácter de los individuos, trasladando al papel, en trazos vigorosos, su pesadumbre, su abatimiento y su degradación. La tragedia de los miserables cobra allí una fuerza que hace estremecer. Pero lo que más admira en esos dibujos, lo que les da una nota original, es la visión justa y tentacular de las calles de Belleville, que ofrece Sunyer con perspectiva interminable y rodea de una atmósfera de espanto. Véase pasar por allí á la gente como un torbellino, y yo considero esas láminas como obras maestras.

* * *

Alta, hermosa y original es la obra que, con el título histórico *Théroigne de Méricourt*, ha dado Paul Hervieu al Teatro Sarah Bernhardt. El público de las galerías sigue con emoción é interés su desarrollo.

En esta obra apenas hay intriga y carece de amor, pero ofrece la tragedia de una época transcendental: la Revolución francesa, cuyo espíritu ha sabido Hervieu encarnar en el personaje Théroigne de Méricourt, mujer de origen belga, á quien se lanzó temprano á la vida parisiense.

Su existencia fué muy agitada antes de 1789. Como era de procedencia humilde, la sedujo un noble y la abandonó con un hijo. Fué cantante, estuvo amancebada é hizo de meretriz con la gente alta y baja, sufriendo los vejámenes y dolores del oficio. Esto acibaró sus resquemores contra el viejo estado social. Y, con todo el impulso de su ser, iba á saldar una era que se ofrecía como de justicia, reparación y felicidad.

Theroigne refleja los sentimientos confusos de las multitudes. Al abrazar las ideas nuevas, permanece insensible á la galantería y al amor, llegando á ejercer tal influjo en los hombres, que la toman como inspiratriz para la Revolución.

Aunque buena y humana, el ardor de la lucha la vuelven más fuerte de lo que es por temperamento. Sus manos se hallan tintas en la sangre de un enemigo. Hace degollar al periodista Suleau, con lo cual demuestra cómo se induce al crimen inevitable á la gente menos fiera.

Peró luego, y esto es lo más simbólico, aparece como víctima de la propia Revolución; y, humillada públicamente, va á terminar su existencia en una casa de locos, donde la alucinación hace pasar de nuevo ante sus ojos las escenas tremendas que ha vivido.

Tal es la Theroigne de la historia que Paul Hervieu presenta fielmente en su drama, el cual se ha recibido con mucho éxito.

J. PÉREZ JORBA

¿PSICOLOGÍAS?

Cuanto se refiere á la teoría del arte, se halla plagado de hipótesis y conjeturas. Varias se han concebido para intentar, sin lograrlo, la explicación del delirio de grandezas, epidemia de la inspiración genial.

Rey sin corona, divinidad sin Olimpo, el arte sueña con la una y con el otro. *La mixtura dementiae*, propia del genio, estimulaba en su tiempo á Víctor Hugo á sumergir su espíritu soñador en Psicologías visionarias, preguntándose: si toda alma es un átomo de lo absoluto, ¿qué cantidad ó cualidad del átomo distingue al genio del alma vulgar? Orientación semejante movía posteriormente á Carlyle á explicar la trama de la vida por la acción de los grandes hombres. Igual impulso invita más tarde á Zola á herir las notas extremas como propulsoras del arte y de la ciencia, á Nietzsche á predicar el nuevo Mesianismo del *Sobre-Hombre* y á decadentes y á estetas á proclamar con Schelling y Schlegel la divinidad del arte y la suspensión de toda ley, aun la más incontrovertible, para todo artista que remueve el caos primitivo de la naturaleza humana, fuente inagotable de toda inspiración.

Explicar, menos, justificar, semejante apoteosis no es fácil, siquiera se imponga como un hecho y aun lo acepte la generalidad. Ni concediendo al arte en general la *cura de ánimas*, misión nobilísima que le encomendara el malogrado Moreno Nieto en sus horas de desaliento, cuando sentía marchitarse el vigor de sus averiadas creencias, ni dando por bueno que todo anhelo satisfecho hasta, porque se convierte en *realidad venida á menos*, ni aceptando el proselitismo de un nuevo ideal, al comenzar el sentimiento á ser transparente y luminoso, se concibe el fundamento de tan altas pretensiones.

Muchas veces el arte es flor sin fruto, lo fértil sin lo fecundo, y el excedente de vida (de donde se atribuye su origen al juego) que ostenta como título para cierto endiosamiento, no es bastante para su justificación. Suministra goces suprasensibles, se dice, y los proporcionan igualmente la labor científica, el amor á los viajes y el culto á la familia y á la amistad. Posee un poder genesiaco, crea, pero la creación no es exclusiva del arte, existe en las ciencias, en la política, en el comercio, etc. Funda la ciudad ideal con que soñaran Goethe y Schiller, añade al mundo real que nos agobia el mundo ideal que nos consuela, función que no es exclusiva del arte, porque la religión la ha cumplido durante siglos y aún aspira á realizarla.

No se aclara el misterio que envuelve la inspiración, ni el privilegio ó favor excepcional que le sirve de cortejo, recorriendo á la hipertrofia del yo (como si la civilización necesitara crear monstruos, arte egoísta) ó á la acción indefinida de lo Inconsciente, *Deus ex machina* que, comenzando por ser una X indescifrable, no puede despejar ninguna incógnita.

Y sin embargo, el hecho es innegable. La supremacía del arte subsiste, á pesar de sus desviaciones. El artista presente, hace plásticos sentimientos confusos que, cual nebulosas, se agitan sin condensarse hasta que él les infunde la vida. Es el *vale. Antrum adjuvat vatem*, dice Víctor Hugo, y cuando se recurre al antro, á lo misterioso, la psicología del genio es página en blanco. Para llenarla (pues todo en el mundo se explica), quizá convendría salir de semejante infantilismo psicológico corrigiendo el vicio intelectualista y proclamando, hasta con datos fisiológicos, la primacía de lo emocional sobre

lo intelectual. Al estudiar el génesis del sentimiento estético, que no surge con ideas puramente intelectuales (ejemplo, sabios que son antiestéticos), que es debido en primer término á representaciones intensas, vivas, que llevan aparejados el movimiento y la tendencia á objetivarse, tal vez se concibiera explicación cumplida, aunque no justificación bastante, de las apoteosis que los artistas anhelan como el sediento el agua. Ya en este punto, convertido el cerebro del inspirado en un mundo ideal, superior al que le rodea, se explica, por la síntesis de las energías que se condensan en las ideas emocionales, la exaltación de la personalidad, la obsesión, el afán de exteriorizarse y distinguirse.

Luego, el medio, al cual no se adapta el que concibe otro superior como producto de su inspiración, gravita con inmensa pesadumbre y excita y contraría al que se cree malogrado ó á punto de malograrse, surgiendo el desequilibrio. Desde cimas inaccesibles, el artista siente el vértigo de las alturas y se cree un Dios, padece el delirio de grandezas. Si el desequilibrio es momentáneo ó aspira á su equilibrio más completo, el genio se emancipa de su obsesión, creando la obra de arte: Goethe, cuando escribe el *Werther*, huye de la servidumbre de las pasiones y declara que el arte es una liberación. El placer estético suple la realización práctica, el arte es *homo additus naturæ*. Pero si el desequilibrio persiste, la alucinación permanente intoxica á los artistas, que pueblan los asilos de los enajenados, cuando la representación intensa no se satisface con exteriorizarse estéticamente, exigiendo su realización práctica. La neurosis y el satanismo del arte moderno encuentran el valladar del medio, contra el cual poco ó nada puede el individuo en lucha abierta. Se puede entonces fiar en la *vis mediatrix* del instinto social ó acogerse al optimismo de Ferrero, que dice: «el arte enfermo es una defensa contra tendencias anormales, que acabarían sin él por transformarse en actos.» Es verdad, muchos dinamiteros teóricos se contentan con satisfacciones literarias, plásticas ó musicales, porque no pueden vencer al medio ó luchar contra lo inevitable. Mas el peligro subsiste, si el artista á la vez soberano (hasta en la región del arte estorban los reyes) domina el medio y se hace dueño del mundo (quizá, pensando en tales riesgos, Platón desterraba de su república á los poetas).

Mientras el satanismo de Baudelaire y Verlain únicamente les perjudica á ellos, y á pesar de sus accesos siguen siendo artistas de veras, las huera pretensiones de genio inspirado de Nerón, incendiando Roma, y los sonambulismos de Luis de Babiera, repercutiendo en todo lo que le rodea, convierten las válvulas de seguridad en explosivos. Equilibrado ó desequilibrado, el arte vive vida vigorosa rodeado de un ambiente de libertad; vida enteca con los Mecenas, y enferma y peligrosa con el despotismo.

U. GONZÁLEZ SERRANO

CIVILIZACION

¿Qué es la civilización?

Si se consulta un diccionario ó se investiga lo que encierra en sí esa palabra, se ve muy pronto que no es más que un término para señalar un conjunto de hechos realizados, de los que dependen más ó menos directamente las condiciones de vida de varios grupos humanos.

En los grandes clásicos aprendemos que ha habido muchas civilizaciones, y todo nos induce á creer que, calculando la lentitud de la evolución humana, aún habrá muchas más; no siendo las civilizaciones otra cosa que los estadós más ó menos largos de las etapas de la Humanidad.

Las primeras son aquellas que han podido agrupar un cierto número de seres separados de la tribu primitiva y dirigidos hacia lo que predomina sobre todas: *la dominación*. Contrariamente á la idea admitida, superficial es verdad, de que la civilización es la síntesis armoniosa de una época, la cristalización más perfecta de los mejores sentimientos, es preciso decir lo que es en realidad, esto es, que no es otra cosa que las manifestaciones de grupos esparcidos, ávidos de dominar á aquellos á quienes habían de temer. Nada de natural, nada de bello (y no hay nada más hermoso que lo natural) existe en el fondo de las civilizaciones.

¡Civilización! Gran palabra; sólo que está desprovista de significado por lo que toca á las esperanzas del mejor sér que la invoca y que quiere conferirle á todo precio.

Para ello se esfuerza siempre con motivo de confundir ese término con el de mejoramiento; hay en tal cosa un inmenso error que produce muchos otros, y contra los cuales es preciso apresurarse á resistirlos.

En el ideal realizable dentro del cual no tenemos ninguna teología, ninguna escuela, soñando sólo en una Humanidad feliz, nos esforzamos en demostrar que es una cosa real, grande, y en la cual todos podrán encontrar la felicidad propia y la de los demás, el vivir en comunión perfecta con la Naturaleza, sin ocuparnos de las modificaciones y de las costumbres que las civilizaciones han creado.

En lo sucesivo no concedamos valor á las palabras, consideremos los hechos, mirémoslos tales como sean, sigamos á la Humanidad en su marcha, y veamos si, de buena fe, puede afirmarse que civilización significa: felicidad.

El hecho de vestirse de cierta manera, de habitar casas construídas sobre ciertos planos, de emplear su fuerza intelectual ó física en tal ó cual acción, de vivir encerrado en ciertas fórmulas con tal que estén reglamentadas, de aceptar hasta lo que choca más violentamente con el yo en sus manifestaciones naturales, es lo que constituye una civilización. Pudiendo añadir á eso la aceptación de todas las ignominias, de las aberraciones más escandalosas en las relaciones entre los humanos, incluso la admisión del tercer sexo, tan querido de las civilizaciones *refinadas*. La misma guerra, el asesinato, según ciertas modas, constituyen actos de alta civilización, y yo compruebo que todas las civilizaciones, sean ellas religiosas ó ateas, no aparecen al través de las brumas de la Historia más que como un largo surco de sangre: griegas ó romanas, asiáticas ó europeas, sólo en sangre y sobre ruinas se han edificado.

Se objetará, *urbi et orbe*, que sin la reglamentación de los hábitos y costumbres viviríamos en un estado caótico, salvaje, tal como se nos representa aquel en que viven todavía algunas razas siempre en estado absolutamente libre, lo que nada prueba que ellas no sean felices, que es el todo en la vida. Pero hay una objeción á hacer con respecto de las razas salvajes, y ella tiene, con seguridad, fundamento; esas razas deben ser los últimos productos de la evolución natural y se acercan más al antropoide antepasado que á nosotros que tenemos cincuenta siglos de vida social. De que la Humanidad esté en la aurora de su vida no puede deducirse que si alguna civilización sobreviniera quedaría indefinidamente estacionaria, cuajada para siempre en su desarrollo infantil. Las leyes de evolución tendrían forzosamente que seguir su curso de concierto con la Naturaleza, sin que las hecatombes debieran marcar las etapas.

Las artes, esas admirables producciones del cerebro, sin tener que sujetarse á ningún constreñimiento, estarían guiadas por concepciones más y más grandes, dotando cada época de un progreso nuevo.

Nosotros vemos por el ingenio de nuestros antepasados, por las artes desaparecidas con motivo de las civilizaciones, que el sér humano ha sido desviado de la vida generosa y bella desde el día en que fué codificado y reglamentado.

Investiguemos, pues, entre el civilizado actual la potencia visual y la delicadeza de sentimientos que poseían nuestros antepasados y que eran los indicios de sus facultades, y nos facilitará la más alta comprensión y la más maravillosa práctica del arte.

Codificar, reglamentar, tal es el fin de las civilizaciones. ¿Con qué móvil? ¡La conquista de una suma de felicidad para la masa! ¡Ah! La civilización es para la masa la obligación de sacrificar su parte de goces en provecho de algunos. ¿Es realmente provechoso reglamentar la Naturaleza? ¿Dominarla? ¿Es una civilización bastante poderosa para hacer germinar la planta ó detener el pensamiento en el cerebro? ¿La civilización puede regular las tendencias fisiológicas de un sér?

Podemos contestar atrevidamente que no á todas esas preguntas.

En el fondo de todo eso, lo repito de nuevo, no hay más que la dominación más ó menos estúpida, cuando no es feroz y cobarde, así como la petulante presunción de dominar á la Naturaleza. Y ella no puede ser dominada por nadie; ni por conquistadores, ni por legistas, ni aun por sabios que no hacen otra cosa, no lo olvidemos, que empadronar sus manifestaciones; estudiarla y comprenderla, á esos dos términos debe limitarse todo el esfuerzo humano.

La civilización dice á millares de humanos:—Vuestros miembros están gastados con el esfuerzo de un trabajo incesante. Estais vencidos por la edad, no podéis producir más, pero las pocas fuerzas que os restan las necesito, y gastadas que estén, debéis desaparecer.—«No hay sitio para vosotros en el banquete de la vida.» (Mal'thus.)

El niño tartamudea aun sin que haya descubierto lo que puede ser la vida, sin que sus labios rosados se hayan mojado en la copa de los goces y la civilización le grita que ha bebido bastante, que ha visto bastante, lo toma y sólo lo deja cuando extenuado y gastado está harto de vivir.

La mujer, ese sér cantado y poetizado por todas las civilizaciones, por escribir algo, sin duda, no es más que un juguete, un objeto de lujo ó de lucro; la maternidad le está prohibida fuera de ciertos casos; sin tener derecho á nada, se la hace sufrir el rigor de las leyes, las cuales, sin miramientos por su debilidad, la castigan sin piedad.

No, no es dentro de las civilizaciones donde el hombre encontrará la felicidad; debemos despojarnos de ese largo pasado de errores y no contar más que con la Naturaleza, la única dueña y señora de todo lo que tiene vida.

MAURICIO DÉVIGNE

(Traducción de Soledad Gustavo.)

LA IGUALDAD ANTE LA LEY

La ley no es, digan lo que quieran los que la definen favorablemente por interés, «establecimiento hecho por legítima potestad en que se manda ó prohíbe alguna cosa», ni menos «regla en la que se pone coto á los efectos del libre albedrío humano», como

la define la Academia, y esto por estas razones: 1.^a porque, para legitimar la potestad mandante, la ley necesita de la ley, y de ese modo se enreda en un mismo concepto causa y efecto, juez y parte, sujeto y objeto, es decir, lo absurdo; 2.^a porque, si el adjetivo *legítima* aplicado a *potestad* ha de tomarse en el sentido de *arreglado á justicia*, según frase académica es manifiestamente injusto, como queda demostrado por la razón anterior; 3.^a porque *albedrío*, entendido como «facultad libre del alma», como dicen que es la Academia y aun la Universidad, institución esta última donde el Estado vende ciencia concordada con el dogma católico, es una palabra vacía de sentido, y el alma, una invención mística negada por la ciencia concordada con la razón.

La ley no es tampoco la justicia, porque si ésta es «una virtud que consiste en dar á cada uno *lo suyo*», por precepto de esa misma ley en España, en Europa, en el mundo todo, lo mismo en la generación actual que en todas las precedentes á través de un número desconocido de siglos, los esclavos, los siervos, los proletarios, tan hombres, tan iguales en perfecto concepto de derecho como los emperadores, los reyes, los señores los capitalistas y los propietarios, han sido, son, somos despojados de *lo nuestro*; de hecho, por la fuerza, luego por la costumbre y después por la vil sumisión; de derecho, por esa misma ley, que vincula, es decir, autoriza, sanciona, consagra y legaliza la usurpación que la parte mínima de la humanidad, la caterva de los privilegiados perpetró siempre, perpetra aún y perpetrará hasta el triunfo de la revolución social, y sólo acabará crimen tan nefando y extenso con la proclamación y conjunta práctica de la anarquía.

Es más: ni el mismo concepto corriente de justicia es justo, porque formado por abstracción efectuada por inteligencias subyugadas por la preocupación de los privilegiados, se habla de *dar á cada uno lo suyo*, suponiendo la existencia de algún donante que puede dar, dejar de dar ó aun quitar, sin tener en cuenta que el derecho en abstracto, como concepto de suprema justicia es intangible, inmanente, intransmisible, inalienable, y por tanto, parte integrante de la persona humana, anterior á toda ley, superior á toda ley, opuesto á toda ley; tanto, que con el solo hecho de reconocerla se empaña su límpida pureza, y con el de imponerle cuando está desconocido, se comete ya un acto de negación, y esto por necesario, por indispensable que sea proceder á su implantación revolucionaria.

Por supuesto que por escrúpulos de conciencia no hemos de dejar los revolucionarios de serlo, ya que si injusto es violentar á los detentadores de la riqueza social á que suelten su presa, más injusto es tolerar un instante más la comisión de ese crimen de lesa humanidad que constituye la médula de la historia.

La ley es legal, y nada más, y si esto parece una perogrullada, no es culpa mía. Legisladores demócratas cometieron en casi todo el mundo civilizado durante el pasado siglo la insigne torpeza de subordinar el derecho natural al derecho escrito, y éste, por lo que respecta á España, quedó supeditado en circunstancias excepcionales á gobiernos tímidos, cobardes y tiránicos, que saben hacer árbitros de la libertad y de la vida de los llamados ciudadanos á cualquier generalote poco escrupuloso, que, previa la suspensión de garantías constitucionales y declaración del estado de guerra, tiene carta blanca para barbarizar á su antojo, y á eso no más quedan reducidas esas Constituciones (siete con dos reformas se promulgaron en España durante el pasado siglo, y en Francia dieciséis), que consignan con cierta ampulosidad derechos y libertades que se suspenden al menor asomo de alteración de ese orden que se pretende que sea vil sumisión y ciega obediencia, coonestando la suspensión con la fórmula del compromiso de dar cuenta los gobiernos ante las Cortes del uso que hicieren de ella; fórmula vana, hipócrita recurso,

verdadero timo político, porque todo el mundo sabe lo falso y convencional que es el voto de una mayoría parlamentaria.

La igualdad de los ciudadanos ante la ley es, pues, una engañosa fórmula político-burguesa inventada para dar apariencia aceptable, evolucionista y de posibilidad y oportunidad emancipadora al despojo sistemático á que venimos sometidos los trabajadores: es engañosa por los caracteres esenciales de la ley expuestos ya, y además, porque, lejos de ser una norma general de derecho, no lo es siquiera nacional, y hasta para los individuos establece diferencias, como se verá, y por esto afirmo que cuando los legisladores, legistas, legalistas ó leguleyos hablan de jurisprudencia, y la definen pomposamente diciendo que «es la ciencia del derecho», inspiran risa y merecen desprecio, porque la ciencia dista mucho de ese tira y alloja legal, sino que «ciencia es lo que se sabe por principios ciertos y positivos». En apoyo de esta afirmación, que es verdad perfectamente aquilatada y no declamación inútil y estéril, expongo:

Los hombres y las mujeres en general, y en España en particular, no pueden ser, no serán jamás iguales ante la ley.

1.º Porque lo impide la ley misma; la igualdad ante la ley, en España á lo menos, es ilegal por el hecho de haber españoles forales y españoles codificados, que en asuntos tan importantes como la legislación sobre el hombre, la mujer, el matrimonio, los hijos, la propiedad, la prescripción, la herencia, etc., han de atenerse, según la comarca donde han nacido ó el concurso de determinadas circunstancias, al Código civil ó á los fueros de Cataluña, Navarra, Vizcaya, Galicia, Valencia, Aragón é islas Baleares, y aun dentro de los mismos fueros, hay privilegios especiales para localidades particulares, existiendo entre todos esos cuerpos legales disposiciones que afectan de modo diferente y aun contradictorio á los hombres, á las mujeres y á los hijos, dándose el caso de haber actos ilícitos en el Código civil que son punibles en los forales, ó viceversa, ó recíprocamente en los forales entre sí, y no molestaré la atención del lector con la demostración detallada y circunstanciada de aberración semejante, porque degeneraría en nimiedad de erudito; basta con lo expuesto para que rebose la evidencia.

2.º Porque el hombre moderno y las instituciones sociales actuales están en las leyes comprendidos tal como los entendían y juzgaban los legisladores antiguos, toda vez que el Código civil, por más que sus compiladores modernos hayan hecho milagros de expurgo y concordancia en la multitud de leyes dispersas en infinitos é intrincados libros y en el derecho romano, muy anterior á nuestra era, es un arlequín compuesto de retazos en que se cierne como señor dominante el error de aquellos remotos tiempos con sus falsas y trasnochadas ideas acerca de la autoridad, el hombre, la propiedad y la familia; y respecto de la legislación foral, sólo diré como nuestra, que el fuero catalán, de origen también antiguo, es una compilación hecha en tiempo de Felipe V, y que tiene como derecho supletorio para los casos imprevistos, el derecho canónico, que es una mezcla de Biblia, cánones, concilios, santos padres y decretos pontificios, y el derecho romano con su Instituta, Pandectas, Código de Justiniano y las Novelas, monserga legal donde ni Cristo se entiende, como dicen en mi tierra, y en que para hacer aceptable el engaño político que se cobija bajo el nombre de democracia, y que pase el otro engaño llamado sufragio universal, se sustituyeron las palabras *amo* y *esclavo*, *señor* y *siervo*, por estas otras más duces y pasaderas: *capitalista* y *obrero*.

3.º Porque el concepto *hombre* no cabe jamás en la concepción de ningún hombre; lo que hace todo el que quiere juzgar á su semejante es medirle con la medida de sí mismo: á nada mejor que á este asunto puede aplicarse aquello de «ver las cosas del color del

crystal con que se mira.» Por eso el hombre de genio de edades remotas, por adelantado que fuese respecto de sus contemporáneos, no tiene comparación con el hombre término medio de nuestros días; les separan distancias inmensas en el espacio recorrido en la evolución progresiva, como son: nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y ruina de naciones; explosión, dominio y abandono de creencias místicas; sistemas filosóficos que pasan todas las fases de la escala de la vida hasta hundirse en la muerte del olvido; aumento y metodización racional hasta un punto maravilloso de la ciencia; aplicación de la misma á la satisfacción de las necesidades humanas, que supera en la realidad á las más bellas concepciones poéticas del milagro.

4.º Porque si, como acabamos de ver, la antigua y la novísima legislación resulta, además de inaceptable, inaplicable por añeja y rancia, al cabo podía suponerse en el legislador antiguo el prestigio del saber y de la buena fe, mientras que en los legisladores de nuestros días... ¿qué decir de ellos? Baste consignar que, según la Constitución vigente, en España la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey, que este cargo es hereditario, y que las Cortes, ó sea el Senado y el Congreso de diputados, el primero se forma de cierta manera privilegiada para que resulte moderador, en que entra en gran parte la herencia de cierto número de familias horriblemente decadentes llamadas la aristocracia; el alto clero con su intransigencia hacia todo lo que mira á lo porvenir, con su egoísmo de clase y con esa soberbia propia de ignorantes sublimizados ante la adoración de los devotos, y los representantes de corporaciones privilegiadas, no por más sabias, ni más virtuosas, ni más útiles que otras, ni cada uno de sus individuos comparados con los individuos vulgares, sino porque corporaciones é individuos han hecho condición de vida de su servidumbre al privilegio; y respecto del Congreso, se ha convertido en el monopolio de los políticos de oficio, es decir, de los ambiciosos, de los charlatanes, de los inhábiles para toda otra profesión, y así se da el caso que, como dice Spencer, mientras que para ejercer una profesión cualquiera se necesita cuando menos un aprendizaje y para las de carácter más elevado se exige un título que acredite la capacidad del profesor, para legislar no se necesita más que la *sans-façon* del candidato y el voto del elector ó el pucherazo del cacique, y ni por broma puede compararse á Moisés, Sólon, Numa Pompilio ó Alfonso el Sabio con los Pérez ó los López de la mayoría, ó con cualquier tribuno de la minoría que, por elocuente que sea, en punto á conocimientos, no excede gran cosa del arte de agradar al elector y aun al cacique dueño del encasillado sin que el elector se entere.

En resumen: la igualdad ante la ley es imposible por ilegal, por punible; la ley es insostenible por anacrónica; la grandeza del hombre no cabe en la pequeñez de la ley, y por añadidura tenemos la incapacidad profesional de los legisladores.

De modo que la igualdad ante la ley es un señuelo, una trampa democrático-burguesa para cazar incautos, ó lo que es lo mismo, electores, progresistas platónicos, sumisos á la explotación, y, sobre todo, para coconvertir en cómplices á las mismas víctimas de la iniquidad, que es lo más refinado en el arte del gran timo, del arte de engañar á la multitud.

ANSELMO LORENZO

PELIGRO



La nave del Estado italiano y... de todos los Estados.

De *L'Atino*, de Roma.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Contra la morfomanía y el alcoholismo.—El alumbrado eléctrico de los ferrocarriles: procedimiento Stone.—Aplicación de las ondas hertzianas á la relojería.—Los progresos de la fotografía: no más cámara oscura.

El profesor Hare acaba de publicar un opúsculo interesante sobre los resultados del método de Lott, que cura á los morfomanos y los alcohólicos de su peligrosa pasión por medio de inyecciones hipodérmicas de hioreína. Por ese procedimiento, el paciente puede tomar diariamente hasta un cuarto de grano de hioreína, ó sea algo más de un centigramo y medio, sin temor á la menor indisposición.

M. Hare manifiesta en su escrito que varios días de tratamiento bastan para curar los alcohólicos, al menos en la mayor parte de los casos. Con los morfomanos los resultados han sido no menos sorprendentes, pero se observa una tristeza profunda en el paciente que se ve privado de su querida y peligrosa droga; lo que prueba que la morfomanía es mucho más temible que el alcoholismo.

El autor cita muchos casos en que los resultados han sido satisfactorios. En algunos de ellos, se trata de personas entregadas á la vez á esos dos funestos vicios, en los que las inyecciones hipodérmicas de hioreína han obrado radicalmente.

De todas esas observaciones concluye el Dr. Hare que el método de Lott confirma las esperanzas que hizo concebir, y aconseja el uso de ese procedimiento, que podrán emplear las personas que repugnen recurrir á la sugestión hipnótica, que, en nuestro concepto, es el procedimiento más eficaz y menos peligroso.

*
**

Los diferentes sistemas de alumbrado eléctrico para uso de los ferrocarriles pueden clasificarse en cuatro categorías principales, á saber:

1.^a Producción de la electricidad por una dinamo única colocada sobre la locomotora. Esta dinamo debe ser movida por un motor especial, cuyo vapor proviene de la caldera.

2.^a Una dinamo única, en el furgón, movida por una correa, cuya polea motriz gira sobre el eje del vehículo. En este caso la dinamo carga unos acumuladores que bastan para iluminar los vagones durante las paradas.

3.^a Alumbrado por acumuladores cargados en estaciones determinadas.

4.^a Vagones cada uno con acumuladores y una dinamo.

El sistema Stone, recientemente adoptado en Bélgica para todos sus ferrocarriles, pertenece á esta última categoría, que contiene evidentemente los procedimientos más prácticos bajo todos los aspectos. El ingeniero electricista M. Strymersch ha dado á conocer hace poco, en un folleto que tenemos á la vista, todos los detalles sobre esa clase de alumbrado.

He aquí algunos de los más interesantes:

Cada vagón tiene dos baterías de acumuladores contenidos en cajas y una dinamo colocada bajo los largueros del carruaje.

Una de las dificultades que ofrece ese género de fuerza motriz es la obtención de un

alumbrado regular cuya intensidad no sea ni remotamente influida por la velocidad del tren. En interés de la conservación de los aparatos conviene que la dinamo no gire con una velocidad que exceda de cierto maximum determinado. Gracias á una ingeniosa disposición se obtiene ese resultado, produciendo un deslizamiento de la correa de transmisión si la velocidad del eje del carruaje excede del grado conveniente.

Para asegurar la regularidad del alumbrado y la carga de los acumuladores, han debido tenerse en cuenta las cuatro circunstancias siguientes:

- 1.ª Durante el día, cuando el vagón rueda sin necesidad de alumbrado eléctrico, la dinamo carga simultáneamente las dos baterías.
- 2.ª Por la noche, en las paradas, las dos baterías reunidas alimentan las lámparas.
- 3.ª Cuando el vagón rueda en un sentido y se necesita iluminar los compartimentos, se suministra la electricidad por una de las baterías de acumuladores, mientras la dinamo carga la otra batería.
- 4.ª El vagón que rueda en otro sentido se produce naturalmente por oposición al caso precedente.

Todas esas modificaciones se obtienen automáticamente por medio de aparatos especiales influidos especialmente por la velocidad ó la dirección del tren.

En cada compartimento hay dos lámparas de incandescencia de ocho bujías; las lámparas de los corredores son cada una de seis bujías.

Todas esas lámparas están dispuestas sobre dos circuitos distintos, para evitar las interrupciones de alumbrado en caso de que uno de ellos dejara de funcionar.

Cada batería de acumuladores puede suministrar el alumbrado del coche durante tres horas y media, lo que es suficiente en un país pequeño como Bélgica, donde las mayores distancias son relativamente cortas; pero si se aplicase el sistema Stone en otros países á un mismo tren que hubiera de rodar toda la noche sin parar, convendría aumentar la potencia de esas baterías, lo que traería consigo un aumento de peso. En el sistema belga las dos baterías en orden de marcha pesan juntas 200 kilos. El peso de la dinamo y de sus accesorios es de 180 kilos.

Sucede, á veces, caminando, que el alumbrado es más intenso en la parada que en la marcha, lo que se debe á que la batería que alimentaba las lámparas durante la marcha del tren se había agotado, mientras que en la parada se puede remediar ese inconveniente invirtiendo el orden del servicio de las baterías por medio de un permutador.

La dinamo empieza así á cargar los acumuladores agotados.

* *

El Sr. Ocejos, relojero de Burgos, se propone que los diferentes relojes públicos de la ciudad señalen la hora exacta por medio de las hondas hertzianas, distribuyendo mecánicamente esa hora á los relojes por el procedimiento de la telegrafía sin hilo.

En este sistema se dispone un reloj-tipo de manera que determine á intervalos regulares la descarga de un oscilador.

Los relojes secundarios poseen un radio-conductor sobre el que obran cada una de las emisiones de ondas eléctricas. Un mecanismo especial, puesto entonces en libertad, hace avanzar las agujas en la cantidad deseada sobre cada cuadrante, cuyas indicaciones quedan así completamente de acuerdo con las del reloj-tipo.

Recordemos que M. Munro había propuesto señalar por medio de las hondas hertzianas la hora exacta desde un observatorio.

* *

En el curso de una conferencia dada el 5 de Diciembre en *London Institution*, y á la que hemos tenido el placer de asistir, el físico inglés M. Richard Kerr anunció que antes de terminar el mes comunicaría al público un nuevo procedimiento que resuelva todas las dificultades de la fotografía en colores.

*
* *

La fotografía, además, está en camino de realizar grandes progresos. El Dr. Heze-kiel, de Berlín, acaba de descubrir un procedimiento que permitirá á los fotógrafos y á los aficionados operar sin recurrir á la cámara oscura. Bastará, según el inventor, colocar durante dos minutos la placa fotográfica en una solución de su invención, á que da el nombre de «taxina», para que sea posible operar á la luz del día con los mismos resultados que en la cámara oscura.

TARRIDA DEL MÁRMOL

DEL MATERIALISMO

fuera á decir ó exponer todo lo que acerca del sistema filosófico-científico que se denomina Materialismo, ha llegado á escribirse, bien por sus interpretadores ó por el contrario, por sus adversarios más furibundos, tanto de palabra como asimismo lo han verificado por escrito, no digo que resultaría un trabajo sumamente detallado y extenso, y por ende extraordinariamente pesado, así que, á medida que vaya publicando otros artículos, si no en todos, en muchos, ó en algunos impugnaré, ó combatiré, determinadas ideas ó teorías en contra de tal doctrina.

He dicho que hay mucha tarea para ocuparse de este punto, con la circunstancia particular de que muchas personas son materialistas sin ellas saberlo, conocerlo, ó creerlo que lo son; pero lo que todavía resulta más gracioso y extraño, éstos tratan de combatirlo, sin conocerlo; no habrán leído una obra que en sus páginas se halle escrito por lo menos una vez tan siquiera la tal palabreja que tantos sinsabores produce á muchos, por tomar en un sentido muy diverso del que realmente tiene; sin embargo, han estudiado las leyes, las doctrinas, las teorías de este sistema, pues ya lo manifesté en mi anterior artículo, al juzgar á la ciencia astronómica como una de tantas de las incluidas en la dicha doctrina, y voy á procurar demostrar en este artículo esto que acabo de manifestar.

Es cierto que el Materialismo niega la espiritualidad é inmortalidad del alma, y también la causa primera, del mismo modo que lo hace con las leyes metafísicas, puesto que considera á la materia como la única sustancia capaz de regirse, de gobernarse, de obrar, de dirigirse por sí misma, sin que nadie, por consiguiente, ninguna fuerza, ningún poder, absolutamente nada más que la materia, por su virtud propia, por sus cualidades, caracteres, propiedades ó atributos se rija.

Como todos los que hemos estudiado la Física, al verificar dicho estudio con respecto á las propiedades de los cuerpos, cualquiera que fuese el estado molecular en que éstos se encuentran, entre otras la de la pesantez, la cual se opone á su elevación hasta cierta y determinada altura, debido á la presión que ejerce la capa atmosférica; sabemos por

los experimentos hechos por el célebre físico italiano Torricelli con el tubo barométrico, que destruyó la famosa hipótesis sostenida hasta aquel entonces (1643), de que la naturaleza tenía horror al vacío, hecho que con el tiempo se pudo llegar á demostrar la falsedad de semejante hipótesis, cuando se consiguió inventar la máquina neumática, probando con ella la no existencia del vacío, la nada, por lo menos, si no en relativo, sí que en absoluto no puede éste existir porque está plenamente demostrado con gran número de experimentos con respecto á las propiedades de los cuerpos, ó sea su manera de obrar ó de accionar unos con otros como se verifica al estudiar en la Física los temas del calor, de la luz, de la electricidad, etc., que todas estas propiedades se transmiten por la materia, y que esta transmisión es más ó menos fácil, sencilla y rápida, según el estado atómico ó molecular de la misma, así como también según la temperatura, y si es con respecto al aire, según éste se halle en el estado de su higrometricidad, ó sea más ó menos húmedo.

Ahora bien, como quiera que la materia puede afectar y afecta efectivamente, por lo menos cuatro estados distintos (conocidos), con respecto al modo de agruparse ó de unirse sus moléculas ó átomos, que son estos cuatro estados el de sólido, líquido, gaseoso y radiante, y en cada uno de ellos tienen su mayor ó menor fuerza de expansión, ó de disgregación molecular, su poder de transmisión será de mayor ó menor potencia, así como también de mayor ó menor rapidez ó duración, por cuanto la materia se halla en un continuo é incesante movimiento, en ocasiones perfectamente perceptible ó sensible tanto á la vista como asimismo al tacto, cuando este movimiento es de poca rapidez ó escasas vibraciones por segundo, y al mismo tiempo son dichas vibraciones discontinuas, ó con interrupciones de más ó menos larga duración en los intervalos que median de unas á otras, y estas vibraciones pueden ser de varias clases, como son las siguientes: longitudinales, cuando se somete el cuerpo á la extensión ó á la compresión; transversal, si se halla sometido á una flexión, á una desviación normal á la anterior; y de rotación cuando la desviación la produce un giro, una torsión y de estos movimientos se puede deducir, y se deduce efectivamente, la forma, la disposición de los átomos ó de las moléculas que constituyen los cuerpos, ó mejor dicho, de la materia de que éstos se hallan formados.

Desde luego me imagino habrá más de un curioso lector que diga ó exclame al leer estas líneas: ¿y qué tendrá que ver todo esto para lo ya manifestado más arriba, ó sea la relación que tiene la Filosofía materialista con la Astronomía? Pero les ruego tengan un poco de paciencia y comprenderán (al menos así creo yo) que efectivamente la hay, y mucha.

He dicho que ninguna de las propiedades ó caracteres de la materia pueden propagarse de un cuerpo á otro sin que exista un medio, un vehículo transmisor, bien se halle éste en el estado sólido, líquido, gaseoso ó radiante, y por consiguiente, en el espacio que media entre astro y astro ó entre planeta y planeta debe de haber un algo, el cual sirva como de medio transmisor del calor, la luz y todas las demás manifestaciones de la materia, y este algo, se ha convenido en denominarlo éter, que, según la Física, es un fluido sumamente sutil, invisible, imponderable y extraordinariamente elástico que, en sentir de varios científicos, llena el anchuroso espacio en que existen y se mueven los astros.

De modo que, según lo acabado de manifestar, entre todos los planetas, satélites, etcétera que podemos observar, bien sea con la vista en su natural estado, bien acompañada, auxiliada ó ayudada de los instrumentos ó aparatos que se estudian en la parte de

la Física que se denomina la óptica y cuyos instrumentos ó aparatos llamamos ó denominamos telescopios, existe, como digo, un algo material, de esto se deduce que el vacío ó que la nada no es más que un mito, una fábula, una pura fantasía de algunos cerebros, ó bien desequilibrados, ó bien soñadores, los cuales inventan cosas para embaucar, alucinar y someter bajo su despótico y tiránico imperio ó dominio, con el afán de ser ellos los dueños y señores de toda la humanidad, pero ante los progresos de la ciencia, todos sus obstáculos, todas sus trabas, todas sus invenciones, se estrellan, derrumban, conforme la ciencia hace nuevos adelantos ó descubrimientos.

Como quiera, además, que el espacio es infinito, lo cual puede comprobarse nada más que leyendo las magníficas obras del célebre astrónomo francés Flammarion, tituladas *Dumen*, ó sea narraciones del infinito, y *Urania*, en las cuales hace un viaje interplanetario, acompañado y dirigido (si es que cabe dirección por los espacios) por la musa ó diosa de los mismos, que se denomina Urania, y caminan y siguen caminando, y ven un planeta y otro planeta, un astro y otro astro, es decir, materia y más materia y siempre materia, y por más que caminan hasta el infinito ó la eternidad, dada la posibilidad de que la vida de un sér humano y *terrestre* la pueda conservar por espacio de tanto tiempo, nunca dejan de encontrar la dichosa materia, sea constituida de una manera más ó menos análoga, parecida ó semejante á la que ya conocemos, ó sea la que existe en este nuestro planeta llamado Tierra, ó que difiera en algo de la de éste, bien en que es más pura, más hermosa, por la cual se revela mejor ó peor constitución atómica ó molecular, al menos se comprende, ó se viene á deducir, como consecuencia lógica ó muy racional, y por lo tanto completamente admisible, la existencia de lo que vengo demostrando, la de la eternidad de la materia, y de que la Astronomía conduce á afirmarse más y más en esta doctrina científico-filosófica que denominamos *Materialismo*.

Pero aún hay más todavía, y es que los aereolitos, meteoritos, piedras de rayo, ó como quiera llamárselos, nos demuestran asimismo que en el espacio interplanetario existe la materia, porque, bien provengan estos cuerpos de las erupciones volcánicas de la Luna—en el supuesto de que este planeta tenga volcanes y éstos puedan, en determinadas épocas, hallarse en erupción—de los del planeta Marte ó de otro cualquiera, ó bien de algún planeta que, por un cataclismo acontecido en él en una época determinada, se deshizo por completo, y sus respectivos trozos andan vagando por este espacio, anteriormente manifestado, el caso es que estos tales aereolitos, meteoritos, piedras de rayo, etc., que caen ó que han caído en nuestro planeta, y hecho ó verificado el análisis químico, tanto en lo que respecta á su parte cualitativa, como asimismo en su parte cuantitativa, ha resultado compuesto ó constituido de análogas sustancias de las que se hallan en nuestro planeta, siendo entre las principales los metales de hierro, níquel, cobalto, aluminio, bien al estado de tal metal, ó bien al de óxido, deduciendo, como es consiguiente, que se halle también el metaloide gaseoso que en la Química denominamos el oxígeno, y que puede deducirse además su presencia por el estado de combustión ó por el calor intensísimo de que se hallan poseídos dichos aereolitos en cuanto se depositan en nuestro planeta, y por el estallido horrible que producen al ponerse en contacto con la atmósfera terrestre, cuando llegan á ella en su rapidísimo viaje á través del espacio.

Que eso que, en un día claro y con un sol más ó menos espléndido, podemos observar y denominarse cielo, no es tal, como (ó en sentir de) los señores teólogos han querido hacer creer á la gente sencilla é ignorante, no siendo otra cosa más que el aire que circunda nuestro planeta, está plenamente probado hasta la evidencia, y demostrado con pruebas que no admiten duda de ningún género, pues aun cuando se me conteste dicién-

dome que el aire no tiene color, les replicaré que sí, pues si en pequeña cantidad no se conoce, en grande se nota perfectamente, y además, al aire, como á todo cuerpo ó clase de materia, se le puede reducir de volumen, y lo que ocupa un espacio como, pongo por ejemplo, cincuenta metros cúbicos, puede reducirse á un metro cúbico, y en este caso varían las condiciones, pues del estado gaseoso en que se hallaba antes, pasa al estado líquido, por haber variado también la presión á que estaba sometido y la temperatura ó el grado de calor que sufre ó experimenta por esta misma presión, máxime que hoy está claramente demostrado no existir ningún cuerpo que no pase por los cuatro estados propios y peculiares de la materia, según las circunstancias ó condiciones de la misma, y esto se puede observar, mejor que en otro cuerpo, en el agua, cuerpo ó sustancia que, por sus condiciones ó caracteres peculiares ó particulares, puede afectar y efectivamente afecta, los dichos cuatro estados, á más de que si en pequeñas masas no tiene color, en cambio en grandes posee el verde azulado, característico de los mares y ríos; de modo que, si pudiéramos trasladarnos en un vehículo *ad hoc* fuera de la atmósfera que rodea ó circuye nuestro planeta, el color propio que se pudiera observar sería completamente indefinido, ó todo lo más de un color amarillento propio y característico de esa sustancia tan eminentemente sutil, citada más arriba con el nombre de éter, cuyo color más que nada lo debe á la luz del astro solar.

De modo que si la palabra cielo se toma en el sentido científico, tiene su aplicación verdad; pero si, en cambio, se la toma en sentido figurado ó metafísico, es una palabra vana y desprovista de fundamento y realidad, como todo lo que corresponde al llamado estado sobrenatural, pues es absolutamente imposible la concepción de dicho estado, lo cual se puede demostrar, y se demuestra efectivamente, por medio de la Filosofía y de la Ciencia propiamente dicha, sin que puedan poner argumento ninguno en contra de estos dos caminos ó procedimientos para la explicación de los hechos ó de los sucesos que puedan acontecer en la historia del Universo, y si alguno citan, ó nos lo ponen como en contraposición, diciendo que hay hechos ó sucesos inexplicables, puede y debe de contestárseles de la siguiente manera: si, hoy por hoy, las ciencias no nos han aclarado tal cuestión, día ó tiempo vendrá en que se encuentre la teoría que sirva para su explicación, porque todo no puede saberse de una vez, es preciso caminar con cierta y determinada pausa, pues la precipitación hace que cambien el turno las experiencias que se llevan á cabo y sobrevengan cataclismos y desgracias, las cuales muchas veces son en desdoro ó perjuicio de los adelantos de la ciencia, sobre todo por lo que se refiere al vulgo, que no ve más allá de la punta de sus narices (llamando también vulgo á todo aquel que, aun teniendo título científico, no sabe, ó sabe poco, y es amante ó defensor de la rutina, de la tradición, que es el peor vulgo), y creen que el estudio de la ciencia es lo mismo que coser y cantar, que se puede llevar á cabo con leer unos cuantos libros y aprender de memoria todo lo que se halla en ellos escrito, sin fijarse ni hacer una crítica en favor ó en contra, ni tampoco dar la verdadera interpretación que corresponde á esta clase de estudios, ó lo que es lo mismo, no lo que dice, sino lo que debe ó quiere decir, lo cual es completamente distinto.

FÉLIX DE UNAMUNO

IDEAS PROPIAS

La moralidad que las sociedades humanas presentan en el actual momento histórico, es una moralidad relajada, sin fragancias de virtud ni destellos oreadores de justicia; moralidad antinatural, meticulosa, intolerable y ficticia, que marca el grado ético decadentista á que hemos llegado—viviendo como vivimos, entregados á los torpes disimulos de una hipocresía refinada—en los encarnizamientos brutales de esa perenne batalla desastrosa denominada *libre concurrencia*, batalla formidable, sangrientísima en que luchan revueltos, integrándose y desintegrándose violentamente todos los grandes egoísmos engendrados por la explotación capitalista y todas las insidias detestables en que se informa, inspira y desenvuelve el aniquilador espíritu individualista imperante.

Buscar moralidad y justicia en las relaciones sociales de un mundo humano que vive fundamentado sobre la explotación y la violencia, es tan insensato, resulta tan disparatadamente absurdo, como pedir al fuego que no queme y al agua que no moje, ya que todo acto de moralidad y justicia exige una base social de equidad igualitaria que sólo puede hallarse en la liberación económica de todos los hombres, suprema y única fiel balanza de toda justicia y garantía evidente é invulnerable de toda libertad, igualdad y fraternidad.

La moralidad no existe, no puede existir donde los unos viven á expensas de los otros. En una sociedad de esclavos y esclavizadores, no puede invocarse para imponer sacrificios á los siervos y colmar de privilegios á los señores, *la razón moralizadora*, porque la moral jamás existió allí donde no existe la justicia.

Esa moral variable, acomodaticia y conceptuosa invocada como principio universal y eterno por los privilegiados y por los embaucadores; esa moral formulista, coercitiva y rutinaria en que informa todos sus actos legales el malthusiano individualismo imperante; la moral gubernamental, la moral jurídica, la moral religiosa, *la moral militar*, en fin, esa moral elástica y fermentada, es el origen evidente de toda inmoralidad é injusticia social, ya que en su nombre, y siempre *moral, muy moralmente*, puede el gobierno tiranizar al pueblo, el juez encarcelarlo, el militar ametrallararlo, el cura embaucarlo, y el explotador medrar á expensas del trabajo ajeno.

Si en eso estriba la moral universal; si ser moral es tiranizar al pueblo, si es esclavizar á los semejantes, si es apoderarse del trabajo ajeno, en una palabra, si en *eso consiste la moral*, en tal caso, los hombres honrados y de recta conciencia, deben aspirar á ser tachados de *inmorales* para distinguirse de los que tan á la perfección practican la sana y ortodoxa moral al uso tiranizando al pueblo y viviendo sobre sus hombros con el mayor desenfado, desfachatez y *sans façon*...

Pero no; la moral, como la igualdad, la libertad y la fraternidad, no son una quimera. La moral verdadera, la sana moral universal y eterna, llegará á imperar en el mundo cuando la emancipación económica del hombre sea un hecho, cuando la tierra se convierta en patrimonio mundial de todos los humanos y la riqueza social, hoy individualizada, sea socializada.

Todo debe sernos á todos común, sin privilegios irritantes, pues que la patria del hombre es la tierra y sobre la posesión de la tierra nadie puede alegar mejores derechos que otros.

Pero no sólo la tierra, sino las máquinas, las herramientas y los útiles del trabajo, los barcos, los ferrocarriles y tranvías, los edificios, las minas y todos los restantes innumerables medios que auxilian el poderoso desarrollo de la fecunda actividad humana; cuanto implica fuerza y supone materia transformable, deberá en su día ser comunalizado para bien de todos los hombres. Pues si dentro del egósta concepto de la moral malthusiana en que inspira todos sus actos de existencia y lucha el mezquino individualismo imperante, bazado en la explotación del hombre por el hombre, *parece justo* que los grandes elementos de producción, bienestar y riqueza, engendrados por el brazo bienhechor del trabajo, se hallen acaparados en poder de los parásitos, *dueños legales* del patrimonio universal, la lógica socialista, lógica infalible, libertadora y regeneradora, no puede aceptar, no aceptará, de ninguna manera, tamaños errores sociales, y, para deshacerlas, procurando así que las cosas se normalicen, producirá la transformación de la sociedad con arreglo á su elevado criterio sociológico de *expropiación socializadora y no repartidora*, como muchos suponen erróneamente, porque el socialismo entiende, con justo y clarividente concepto de las cosas del porvenir, que sólo *comunalizando los bienes de la tierra, será posible la moralización y liberación* de todos los hombres, esclavos ó esclavizadores, vasallos ó tiranos.

Para resolver la llamada *pavorosa cuestión social* y dar cima laudablemente á los infinitos antagonismos de clase y de intereses que hoy vemos producir la transformación de todos los Estados del mundo, cuenta el socialismo con soluciones de una eficacia maravillosa.

El socialismo, esto conviene repetirlo frecuentemente, no es el rencoroso vengador de los mártires de la explotación y de la tiranía; no viene á producir estupendas degollaciones sistemáticamente concebidas; no desea despojar y *lynchar* después de despojados, á todos los ricos, opresores y explotadores, á la manera que, en otros tiempos de bárbara incultura, lo verificaran con los vencidos los crueles dominadores bélicos que saquearon el mundo á su *noble placer*.

No; el socialismo no viene á cubrir el mundo de sangre y de luto; viene á establecer la igualdad, á ser *justo* y regenerador; á acabar con los odios de clases, destruyendo los privilegios y jerarquías sociales y á fusionar después á todos los seres humanos, iguales en derechos y en deberes, libertados y felices, en los inefables hermanamientos del amor y de la fraternidad.

Quiere el socialismo el bien de todos los hombres, y, clementísimo, como verdadero redentor del mundo, el día de su triunfo, que lo será también de la exaltación del género humano á las cumbres luminosas de su redención y de su gloria, perdonará, redimiéndolos á todos los tiranos y verdugos de la Humanidad, porque el socialismo sabe muy bien que no los individuos, sino el *medio particular* en que éstos se desenvuelven, viven y actúan, es el determinante misterioso de todo acto social, individual ó colectivo, bueno ó malo, y fuera, realmente injusto tomar venganza plena en los hombres, de las anomalías que sólo se deben al régimen detestable en que se desarrolla nuestra azarosa existencia social.

La misión del socialismo—repetámoslo una vez más—no es de venganza, sino de justicia. Viene á romper cadenas, á quebrantar yugos y á destruir falsas potestades; pero jamás pensó en alzar cadalsos. Y en eso estriba, precisamente, la sana virtualidad de su moral suprema é incorruptible.

DONATO LUBEN

CURIOSIDADES

Viaje al Polo Norte.—Mr. Pelletier, de Buffalo (Estado de Nueva York), se propone hacer una expedición de nuevo género al Polo Norte de una manera muy simple y sencilla: el explorador quiere ir á pie.

Partirá de San Francisco con un camarada, algunos bagajes y provisiones, que serán conducidas por un trineo de cinco perros.

Mr. Pelletier, que es un antiguo portador de despachos en Alaska, pretende que el mejor medio de soportar las temperaturas de la zona glacial es practicar el vegetalismo. Está lleno de valor y de esperanza, á pesar de los fracasos de sus predecesores, y lleva aparejos fotográficos para fotografiar el Polo Norte.

* * *

Fotografía sin luz.—En la Universidad de Leipzig, un profesor de química experimental ha realizado últimamente, con gran éxito, ensayos de fotografías sin luz. Para fotografiar en la obscuridad se ha servido de sustancias químicas, haciendo las mismas combinaciones que la luz en la fotografía; entre otras, la plata y la platina.

Los experimentos han producido una gran sorpresa y admiración.

* * *

Liga contra las palabras obscenas.—Acaba de formarse en Inglaterra, bajo los auspicios de un médico, Gréville Walpole. Su fin es combatir la costumbre de los juramentos por la calle y los lugares públicos.

Los medios que la liga se propone emplear son los siguientes: conferencias para los niños y los adultos, publicaciones periódicas, invitaciones al clero de las diversas iglesias á que hagan sermones en nombre de la asociación, y á los maestros á que usen toda su influencia cerca de sus discípulos. Hasta aquí muy bien; pero luego quieren que recorran el país inspectores y persigan ante los tribunales á los que encuentren en flagrante delito, ya que existe una ley que castiga el empleo de los juramentos en público, ley que ahora se aplica muy raramente, y eso ya no me parece bien.

Moralmente influir á que desaparezcan las palabras malsonantes, muy bien; á la fuerza, muy mal.

* * *

Un tubo para la verdad.—Un químico americano ha inventado un tubo para conocer si se es verídico ó no. Sopla uno en ese tubo; según la intensidad de la emoción del que sopla, el aliento hace cambiar el color de la solución química contenida en el tubo, y así se puede ver si se miente ó no.

El invento puede hacer furor, dada la verdadera calamidad de mentirosos que existe.

* * *

Los médicos y la comunión.—Los presidentes de las Asociaciones de Medicina danesas y todos los altos funcionarios de Dinamarca, acaban de publicar un manifiesto colectivo, en el cual declaran dañosos desde el punto de vista del contagio de las enfermedades, el uso del cáliz empleado hasta el presente para la comunión de los protestantes, y se pronuncian por la adopción de un cubilete de comunión construído de manera que se evite todo contagio. El nuevo cubilete de comunión inventado en Copenha-

gue, tiene la forma de un cáliz ordinario, pero está provisto el borde superior de una hilera de pequeños vasos, que por efecto de un mecanismo muy sencillo, se llenan de agua y limpian los unos después de los otros por medio de un depósito situado en la cobertura del cáliz. Ni Dios puede ya con los microbios.

* * *

Profesor para papagayos.—Existe en Londres un profesor de lenguas que enseña papagayos. A razón de diez shellings por semana un papagayo puede en dos ó tres meses, el máximum, aprender el suficiente francés, alemán é italiano para poder comprar en uno de estos tres países.

En un año el profesor se encarga de hacer de cualquier animal de esa especie un políglota esmerado, sabiendo á lo menos cuatro lenguas.

* * *

El vientre del mundo.—Un estadista extranjero cuenta lo que el mundo entero absorbe de provisiones y bebidas en el espacio de un día.

Según él, los quince cientos de millones de habitantes de nuestro globo engullen cerca de 1.150.000 toneladas de alimento sólido y cerca de 700.000 toneladas de alimento líquido cada veinticuatro horas.

Estas cifras no pueden aplicarse en los días de fiestas universales, como Navidad y Año Nuevo, según opinión de ese estadista. Con seguridad que ese buen señor no ha calculado en la manera que tragaría el vientre del mundo si todos los seres comieran hasta satisfacerse. La cifra resultaría, á no dudarlo, el triple de la de ahora. ¡Son tantos los que apenas comen!

* * *

La verdad muchas veces parece inverosímil.—Lo que voy á explicar, con todo y ser cierto, parece un cuento.

Existen pueblos geófagos que comen la tierra como nosotros nos comemos los pastillos. En el Congo belga, los indígenas comen una especie de arcilla que resulta para ellos una verdadera golosina. Es una tierra amarilla, de agradable olor, que contiene ácido silícico, óxido de alúmina, de sodio y un poco de hierro. Se ha traído una cierta cantidad á Europa y los periódicos y revistas científicas han publicado el análisis hecho por el laboratorio químico de la Universidad de Copenhague.

La existencia de arcillas comestibles ya se había conocido antes en China y Javal ¡Qué revolución se produciría en nuestro régimen alimenticio, si esas tierras fuesen algún día objeto de explotación regular é invadiesen los mercados europeos!

* * *

Un país de tuberculosos.—Un doctor de San Salvador, Rafael V. Castro, acaba de publicar un importante trabajo en el que explica que la pequeña república de San Salvador es el país por excelencia de los tuberculosos.

De este trabajo resulta que la capital de San Salvador es una de las poblaciones del mundo que cuenta mayor número de muertos por tuberculosis

De 1890 á 1901 el término medio de nuestros tuberculosos ha sido de 137 por mil.

La proporción de las otras poblaciones de las repúblicas americanas es por mil: á Río Janeiro y Lima, 38; New York, 25; Montevideo, 16; Buenos Aires y Méjico, 14.

LA DAMA GRIS